

ANTECEDENTES POLITICOS Y MILITARES DE LA II GUERRA MUNDIAL



Teniente Coronel

MIGUEL RODRIGUEZ CASAS

Generalidades

Para conocer en forma completa las causas políticas y militares de la Segunda Guerra Mundial, deberíamos remontarnos a los Siglos XVIII y XIX, en los que Europa fue escenario de acciones guerreras y cambios políticos que habrían de constituir el germen de la Gran Guerra de 1914 a 1918 y de su hija legítima, la conflagración universal cuyos preliminares nos ocupan. Sin embargo, las explicable limitaciones de espacio a que deben someterse las colaboraciones destinadas a un vehículo de cultura de la categoría de esta Revista, nos obligan a acercarnos un poco en la historia y a tomar como punto de partida de nuestro relato aquel en que se puso término a la primera de las guerras citadas.

En efecto, el 11 de noviembre de 1918, mediante Armisticio firmado en el bosque de Compiegne, llegó a su fin

la lucha armada que durante cuatro años venía sosteniendo Alemania contra Francia, Inglaterra, Italia, Estados Unidos y otras naciones menores coaligadas. Rusia había sido previamente eliminada de la contienda gracias a una sucesión de fulgurantes victorias alemanas, entre las que cabe destacar la famosa Batalla de Tannenberg, donde el genio militar de Hindenburg y Ludendorff propinó a los ejércitos del Zar una derrota de la que no lograron rehacerse. Si a los efectos morales de estos descalabros rusos se agregan los derivados de la anárquica y destructora revolución socialista de 1917, fácilmente se comprenderá la ausencia del coloso eurasiático en las postrimerías de la guerra.

A pesar de los reveses sufridos y de las onerosas condiciones impuestas en el Armisticio a Alemania y a su aliada Turquía, el Alto Mando del Ejército Imperial decidió mantener la moral militar a toda costa. Aunque el morbo comunista ya se había infiltrado en las filas de las Fuerzas Militares alemanas, manifestándose en la conocida forma de Consejos de Soldados que pretendían asumir el comando de las Unidades en Campaña, el vencido Ejército del Kaiser regresó a la madre patria en absoluto orden, bajo el mando legítimo del Cuerpo de Oficiales.

Fue este el primer paso decisivo hacia la restauración moral de Alemania y de sus instituciones militares, convulsionadas ambas no sólo por los resultados adversos de la guerra, sino por las doctrinas socialistas que habían logrado penetrar profundamente en todos los estratos de la sociedad alemana. Al finalizar la guerra, la situación interior del país era sencillamente caótica y el gobierno había pasado al control de los socialistas encabezados por Ebert y Scheidemann. Al mismo tiempo, y a sugerencia de algunos de sus Generales entre los que se destaca

Groener, el Kaiser Guillermo II, Rey de Prusia y Emperador de Alemania, renuncia al trono y se refugia en Holanda. Comunistas y socialistas se disputan el poder; Liebnetch y Rosa Luxemburgo predicán a todos los vientos el triunfo del proletariado y estimulan los pruritos separatistas de algunos ambiciosos dirigentes de las provincias del Imperio. En suma, la supervivencia del Estado alemán se halla gravemente amenazada por todos los factores de disolución que quepa imaginar.

Fue en medio de tal ambiente de anarquía en que se irguió la figura del Mariscal Hindenburg para exigir al gobierno y al pueblo de Alemania, en aras de su propia salvación, el mantenimiento de la disciplina dentro del Ejército y la inviolabilidad del prestigio y autoridad del Cuerpo de Oficiales. Que lo logró plenamente, a pesar de las tremendas dificultades que hubo de vencer, se demuestra con el hecho ya citado de la repatriación ordenada del Ejército y con la apoteósica recepción a éste tributada a su entrada a Berlín. En esta ocasión el socialista Ebert, Presidente del Estado Alemán, dio la bienvenida a las tropas con esta elocuente expresión: "... Yo os saludo, Soldados Invictos..."

Desde este mismo momento el Alto Mando Alemán da comienzo a la tarea de reconstrucción del Ejército, con base en cuerpos voluntarios que contribuyeron grandemente a sofocar los conatos separatistas de la post-guerra y a mantener el orden interno, seriamente afectado por las andanzas de los bolcheviques y por las graves implicaciones de la derrota. En marzo de 1919 se crea la Reichswehr, sin que en ella aparezca distinción alguna entre los estados o provincias que concurren a su formación, tal como si sucedía en el Ejército Imperial de la pre-guerra (reinos de Prusia, Baviera, Sa-

jonía, Wurtemberg y una larga lista de Ducados). A la organización de este nuevo Ejército se consagra el General Reinhardt, y su labor avanza a buen ritmo hasta que es interrumpida por los términos del Tratado de Paz de Versalles, firmado por los beligerantes el 28 de junio de 1919.

El Tratado de Versalles

Este Tratado, constante de 440 Artículos y suscrito por once países, impuso a Alemania una serie de severísimas condiciones, entre las que merecen destacarse las siguientes:

a) Partes importantes de Prusia, Posen y Alta Silesia, so-capa de estar predominantemente habitadas por núcleos polacos, pasan a formar parte de la Polonia creada por el mismo Tratado, constituyendo algunas de ellas el denominado "Corredor Polaco", que mutila la llanura septentrional alemana y separa a la Prusia Oriental del resto del país.

b) Las ciudades alemanas de Danzing y Memel son internacionalizadas, esto es, se erigen en estados independientes.

c) Alemania pierde todas sus Colonias de Africa, Asia y Oceanía, en beneficio de los Aliados.

d) Las provincias de Alsacia y Lorena se entregan a Francia, a tiempo que la parte septentrional de Schleswig es entregada a Dinamarca.

e) La región industrial del Sarre pasa a ser administrada por la recién creada Sociedad de las Naciones durante un período mínimo de 15 años, al cabo de los cuales se convocaría un plebiscito para decidir su incorporación a Francia, su retorno a Alemania o la prolongación del régimen especial establecido.

f) Alemania debería pagar, a modo de reparaciones, sumas enormes que serían fijadas con posterioridad. Para

comenzar, firmaba pagarés por sesenta mil millones de Marcos Oro, que deberían ser cubiertos entre 1921 y 1926. Todo lo anterior sin perjuicio de otras obligaciones cancelables en especies industriales, agrícolas, ganaderas y mineras, cuyos precios serían fijados por una Comisión de Reparaciones integrada por los Aliados.

g) Los efectivos del Ejército alemán no podrían sobrepasar los 100.000 hombres, incluido dentro de ellos un número máximo de 4.000 Oficiales. Se abolía el servicio militar obligatorio y se imponía en cambio un Ejército mercenario o profesional, cuyos componentes debían servir un mínimo de 12 años, si fueren tropa, o 25 años si fueren Oficiales.

h) El Estado Mayor Alemán debería ser disuelto y las Academias Superiores militares clausuradas. El Ejército del Reich no podría disponer de Artillería de calibre superior a 105 mm., como tampoco de carros de combate, aviación ni defensas anti-aéreas. El resto del material de guerra debería ser inutilizado, como lo fue en efecto bajo la supervisión de una Comisión interaliada presidida por el General francés Nollet. Las cifras alcanzadas por el material destruido hablan por sí mismas de la enorme carga económica que tal destrucción significaba para Alemania: 2.700.000 fusiles, 160.000 ametralladoras, 35.000 cañones y millares de aviones militares. Igualmente, deberían ser destruidas todas las fortificaciones existentes dentro de un área de 50 kilómetros al este del Rijn, área que a la vez quedaría desmilitarizada por tiempo indefinido.

i) La Flota Alemana, por su parte, se limitaba a seis acorazados, seis pequeños cruceros, 24 torpederos y unos pocos destructores, todos ellos con una tripulación máxima de 15.000 hombres. El resto de su Flota era repartida en-

tre los vencedores, también como parte de las indemnizaciones a que, según ellos, estaba obligada Alemania.

Como fácilmente puede advertirse las cláusulas de este famoso Tratado de Versalles, inspiradas en un ciego afán de postración del pueblo alemán eran en su mayor parte de imposible cumplimiento. Cuando el Mariscal Foch, Generalísimo de los Aliados, conoció los términos del Tratado, anotó con singular acierto: "... Esto no es un Tratado de Paz; es un Armisticio de 20 años...". El propio Sir Winston Churchill, en el primer tomo de sus memorias, se refiere al Tratado de Versalles en los siguientes términos: "... Las cláusulas económicas del Tratado de Versalles eran malignas y absurdas hasta el punto de convertirse en inútiles. Alemania quedaba obligada a pagar reparaciones en una escala fabulosa. Esto expresaba el enojo de los vencedores, y el fracaso de sus pueblos en comprender que ninguna nación o comunidad derrotada podía jamás pagar los costos de la guerra moderna". Y más adelante: "... Los Aliados triunfantes seguían hablando de exprimir a Alemania como un limón. Todo esto influyó mucho en la actitud subsiguiente de la raza alemana".

Tal como lo anota el estadista y escritor inglés, los excesos y arbitrariedades cometidos por los Aliados a través del Tratado de Versalles, sumados al tratamiento que los nacionales alemanes recibieron en el extranjero, en donde fueron despojados de sus bienes sin indemnización alguna, produjeron en el pueblo alemán un sentimiento de inconformidad, una sensación de injusticia que acabó por "unir a todas las provincias en la adversidad". Lo que los vencedores acordaron para postrar en forma definitiva a la Alemania de Bismarck habría de servir a la postre para consolidar la

unidad alemana y para forjar su nueva prosperidad. Las mismas estipulaciones del Tratado de Versalles, que condenaban a Alemania a pagar por tiempo indefinido y en cuantía no establecida unas reparaciones fabulosas, suponían o exigían un re-desarrollo industrial y un florecimiento económico que, de no alcanzarse, haría nugatorios los gravámenes establecidos en el Tratado. Así, los Aliados se colocaron en un dilema bastante difícil: O renunciaban a las reparaciones dejando a Alemania sumida en la miseria económica y destrozada por las convulsiones sociales propias de una tal situación, o exigían el pago de ellas, para cuyo efecto debían no solo permitir sino facilitar la reconstrucción de la economía alemana. Y en este último caso, pensaban los Aliados, resurgiría también la amenaza belicista y expansionista que dio lugar al conflicto que acababa de terminar.

Otra de las determinaciones del Tratado de Versalles llamada a ser fuente de problemas futuros, fue la creación misma del Estado polaco, con territorios segregados de Alemania, Austria, Rusia Blanca y Ucrania. El propósito que animó a los Aliados para dar vida a este nuevo estado, fue el de crear en la Europa oriental una potencia capaz de frenar las aspiraciones orientales de Alemania y las occidentales del bolchevismo ruso. Pero de esta creación, lo que más resintió la conciencia alemana fue la incisión hecha en Prusia, mediante la cual Polonia obtenía costas y puerto sobre el Báltico. Partir a la Prusia equivalía a partir el corazón mismo de la gran Alemania, y ello no podría nunca ser bien mirado ni tolerado por ningún hombre que se preciara de alemán, tanto más cuanto que la separación de esos territorios se hizo contra la voluntad de la inmensa mayoría de sus pobladores.

La disolución del Imperio Austro Húngaro

En virtud de los Tratados de San Germán y de Trianón, firmados en septiembre de 1919 y junio de 1920, entre los Aliados y Austria el primero, y entre los Aliados y Hungría el segundo, quedó virtual y formalmente disuelto el Imperio Austro-Húngaro, para dar vida a los estados independientes de Austria, Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia, y para aumentar considerablemente la extensión territorial de Rumania. En esta forma los Aliados occidentales alcanzaban un doble propósito: Satisfacían los deseos de independencia de algunos de los pueblos que integraban el citado imperio, y eliminaban un enemigo potencial de sus intereses en la Europa continental.

Así, Austria queda reducida a una población total de 7 millones de habitantes, con una capital (Viena) de dos millones y con una extensión territorial relativamente grande, que la hace aparecer aún más débil ante sus vecinos. Sin costas propias, es apenas natural que tienda a buscar la ayuda de los estados que sí las tienen (Alemania e Italia). Pero los Aliados, conscientes de este peligro, consagran en el Tratado de San Germán la prohibición de unirse con Alemania. Ese era el precio de su independencia absoluta del Imperio y de la cesión que se le hizo del territorio húngaro de Burgenland.

Hungría, convertida también en estado interior por los términos del Tratado de Trianón, quedaba completamente cercada por los nuevos pequeños estados del sur-este europeo. Sus ocho millones de habitantes se debatían contra la hostilidad económica de los países creados en su derredor, cuya posterior alianza en "Pequeña Entente" propiciaron los Aliados para prevenir

cualquier aspiración húngara de expansión territorial.

Checoslovaquia, a su turno, era integrada con las provincias checas de Bohemia y Moravia, con la antigua Eslovaquia y con el fuerte núcleo denominado de "Los Sudetes", poblado íntegramente por alemanes. En otras palabras, se lanzaba a la vida independiente a un estado políglota y heterogéneo, compuesto por alemanes, húngaros, polacos, checos y eslovacos, sin unidad de ninguna especie, sin tradiciones y sin ideales comunes.

La difícil situación en que quedaban estos países, artificial y arbitrariamente creados, obligó a los Aliados a consagrar en los diferentes Tratados algunas otras medidas tendientes a evitar la asfixia de los estados interiores, entre las que cabe destacar la internacionalización de algunos ríos, verbigracia el Danubio, con el natural resentimiento de las naciones que antes se consideraban con derechos de explotación sobre ellos.

Se concluye, pues, que las naciones creadas por la disolución del Imperio Austro-Húngaro, particularmente las colocadas en la situación de interiores, quedaban fatalmente expuestas a ser absorbidas, o cuando menos atraídas por las naciones más poderosas del continente.

Rusia y la Revolución Bolchevique

Como es bien sabido, durante la Primera Guerra Mundial Alemania hubo de atender desde sus comienzos a varios frentes. En agosto de 1914 los Ejércitos Imperiales del Zar lanzan una ofensiva arrolladora que es quebrantada en Tannenberg por la pericia militar de Hindenburg y de su Jefe de Estado Mayor, Ludendorff. Con algunas alternativas favorables para los Ejércitos Rusos, llega el año de 1915 en el que los triunfos alemanes de los

EUROPA DESPUES DEL TRATADO DE VERSALLES (1921)



TERRITORIOS TOMADOS DEL IMPERIO AUSTRO HUNGARO
 TERRITORIOS SEGREGADOS DE ALEMANIA
 TERRITORIOS BAJO OCUPACION MILITAR ALIADA

lagos Masurianos, de Galitzia, Tarnow y Gorlice, sumados a la reconquista final de Varsovia, consolidan la derrota total de los ejércitos del Zar. Las consecuencias de estos reveses fueron funestas para la supervivencia del gobierno imperial del Zar, la anarquía, el descontento y el desorden se enseñorean del Imperio y tras violentas luchas intestinas y sangrientas purgas, el zarismo se desploma para dar paso al primer gobierno socialista presidido por Kerensky.

En esta situación caótica interna asiste Rusia al término de la guerra, y en el Tratado de Versalles, por fuerza de su debilidad y de otras circunstancias, hubo de ceder 260.000 kilómetros cuadrados de su territorio que junto con 80.000 tomados del Imperio austro-húngaro y 46.000 de Alemania, habrían de conformar la base territorial del nuevo estado polaco.

La guerra ruso-polaca de 1920

Con anterioridad a la firma del Tratado de Versalles y ante las excelentes perspectivas que se ofrecían para la reaparición de Polonia como un estado poderoso, el Mariscal Pilsudsky, héroe nacional polaco, no conforme con los términos del Tratado de Brest-Litowsk, adelantó diversas acciones militares tendientes a asegurar para Polonia algunos territorios ucranianos y a despojar a los alemanes vencidos de la región de Posen. Las estipulaciones del Tratado de Versalles vinieron a poner término a estas contiendas y a determinar, como ya se dijo, las fronteras definitivas del nuevo estado.

Sin embargo, el Mariscal Pilsudsky, enemigo cerrado del bolchevismo ruso, quiso liberar a Ucrania de sus garras para anexarla a Polonia, y al efecto dispuso su invasión, en la que sus tropas alcanzaron a ocupar la ciudad de Kiev en el mes de mayo de 1920. A

pesar de la precaria situación en que todavía se debatía Rusia como consecuencia de la revolución socialista de 1917, el gobierno de Lenin logró montar una poderosa contra-ofensiva que arrojó a los polacos al otro lado del Vístula. En el mes de julio del año citado, la derrota de Pilsudsky es casi completa y la instauración de un gobierno socialista en Polonia es inminente. Acude Francia en auxilio de Polonia y el Ejército Rojo es así batido por polacos y franceses, restableciéndose la frontera determinada por el Tratado de Versalles.

La República de Weimar y la reconstrucción del Ejército Alemán

Dentro de las cláusulas del Tratado de Versalles se imponía a Alemania la abolición de su Imperio y la constitución de un gobierno democrático, que fue proclamado en Weimar y bien acogido por los sectores socializantes que por entonces retozaban a sus anchas en distintas porciones del territorio alemán. Según Churchill, tal imposición tuvo su origen en el prejuicio americano contra las monarquías, que llevó a los Estados Unidos a persuadir a Alemania de que obtendría mejor trato si optaba por la República. El pueblo alemán, sin embargo, amante por naturaleza de la organización y de la disciplina, acabaría por mirar a la Constitución de Weimar como una maquinación del enemigo, tanto más cuanto que a su amparo el socialismo había alcanzado notables progresos y la nación entera se convulsionaba y desgastaba en estériles pugnas intestinas. En tales circunstancias y ante la amenaza de caos y anarquía que se cernía sobre su territorio, con el correr de los años los alemanes ignorarían dicha constitución para volver sus ojos hacia el único símbolo sobreviviente de la grandeza pretérita de su Patria: el Ejército.

Como anteriormente lo anotamos, la situación interna de Alemania al término de la guerra era de profunda agitación. Los pruritos separatistas, los estragos del socialismo-comunismo, las ambiciones personales y regionales y, en fin, todos aquellos factores de disolución a que ya hemos hecho referencia, fueron dominados por el Ejército a costa de muchos esfuerzos y de no poca sangre del pueblo alemán.

A principios de 1920 (marzo), el General Von Seeckt es designado Jefe del Ejército alemán. A partir del momento mismo de su posesión inicia la portentosa tarea de reconstruir el poderío militar de su patria, esforzándose en todo momento por mantener al Ejército alejado de la política. Con gran habilidad y tacto condujo las relaciones del Ejército con el gobierno republicano socialista de la época, preservando a la organización militar de su disolvente contagio. Iguales o mejores condiciones demostró en sus relaciones con las Comisiones Interaliadas de Control, a las que supo ocultar el alcance y realidad de sus formidables planes.

Para exaltar la personalidad del General Von Seeckt y la importancia de sus realizaciones en pro de la reconstrucción de las Fuerzas Militares alemanas, se requerirían capítulos enteros. Bástenos remitir al lector a los autorizados conceptos de Sir Winston Churchill, de Linddell Hart, de Manuel Aznar, de José Díaz de Villegas, de Benoist-Mechin y de otros muchos tratadistas políticos y militares, en los que sus autores se constituyen en verdaderos panegiristas de la obra y capacidades de este gran General alemán.

Del Ejército de 100.000 hombres a que estaba constreñida Alemania por el Tratado de Versalles, hizo Von Seeckt un conjunto de verdaderos profesionales que conformaban la estructura de un Ejército formidable, infi-

nitamente superior al pequeñísimo existente y muy superior también al que luchó en la guerra del 14 al 18. Organizó los Cuadros Superiores del Mando y reestructuró bajo denominación diferente al Gran Estado Mayor disuelto por el Tratado tantas veces citado. Dotó al Ejército de una doctrina a través de ambiciosas y pulidas reglamentaciones, en las que sentó novedosísimas teorías sobre la guerra y dio bases ciertas para la construcción del poder aéreo y blindado de las Fuerzas Militares alemanas.

Haciendo frente a tremendas dificultades (las luchas intestinas, el colapso económico, las pretensiones polacas, la invasión del Ruhr por Francia en 1923, los intentos políticos de socialización del Ejército, el Control Interaliado, etc.), Von Seeckt permaneció en la suprema dirección del Ejército alemán hasta 1926, año en el cual hubo de dimitir, como consecuencia de un desliz político por él cometido al permitir la participación en unas maniobras militares del hijo mayor del Príncipe Heredero de la Corona Imperial.

Es claro que la titánica obra de Von Seeckt hubiese sido total o parcialmente estéril de no haber sido continuada por sus excelentes sucesores. A su retiro en 1926, le sucedió en la Jefatura del Ejército el General Heye, quien la ejerció hasta 1930, año en que fue reemplazado por el General Von Hammerstein. En el año de 1934 fue designado Von Fritsch, quien con singular competencia y habilidad prosiguió la tarea de sus predecesores hasta el año de 1938, en el que una sucia intriga de Himmler ocasionó su destitución. Para reemplazarlo, Hitler designó al General Walther Von Brauchitsch, a tiempo que el propio Führer asumía el mando supremo de las Fuerzas Militares.

Durante ese mismo período de 1918 a 1939, desempeñaron el cargo de Mi-

nistros de la Defensa los siguientes Generales: Noeske, Gesslep, Groener, Von Schleicher, Von Blomberg y Keitel. El corto número de Jefes del Ejército en un período tan agitado en todos los órdenes como lo fue el antes mencionado, nos habla muy elocuentemente de la continuidad y firmeza de propósitos que animaban el Alto Mando alemán en la restauración del potencial bélico de su Patria.

Otros factores y antecedentes en el panorama internacional

a) **La situación política, socio-económica y moral de Francia.** Al concluir la Primera Guerra Mundial y casi inmediatamente después del Armisticio impuesto por Foch en el Bosque de Compiègne, la nación francesa quedó a merced de una larga nómina de políticos arrivistas que, con contadas y honrosas excepciones, se tranzaron en una rebatía feroz por el poder, con la única mira de satisfacer sus apetitos personales y los de sus camarillas, y sin ningún miramiento o consideración seria a los gravísimos problemas a que quedaba enfrentada su patria como consecuencia de la contienda. Los militares, incluidos entre ellos el Mariscal Foch, el Mariscal Petain y el General Gouraud, verdaderos héroes de la Gran Guerra y artífices indiscutibles de la victoria francesa sobre Alemania, fueron sistemáticamente alejados de toda intervención en el manejo de los asuntos nacionales, menospreciados y relegados a un plano secundario, que en manera alguna correspondía a su condición de reacios defensores de la nacionalidad. Las grandes tradiciones francesas fueron insolentemente pisoteadas por algunos de los más representativos políticos de la época, y las virtudes militares desacreditadas hasta el extremo de que los propios combatientes y héroes de la

guerra se sentían avergonzados de haberlo sido. En tales circunstancias, alcanzadas al favor de la fuerte penetración comunista en todos los estamentos de la sociedad francesa, la moral de la nación tenía que sufrir un descenso casi vertical, que sumado a las explícitas dificultades de orden económico que atravesaba y a la política incierta de sus más poderosos aliados de la guerra, auguraban para Francia un futuro preñado de nubarrones que con el correr de los años habrían de descargarse con caracteres de tormenta sobre su propia existencia.

b) **La política internacional de Inglaterra.** Una vez concluida la Paz de Versalles, la política internacional de Inglaterra comenzó a oscilar entre dos temores fundamentales: El resurgimiento de la Alemania militarista, por una parte, y el fortalecimiento de Francia como potencia continental, por la otra. Como fácilmente se comprende, eran dos propósitos absolutamente contrapuestos que necesariamente imprimieron un carácter contradictorio a la política inglesa de la post-guerra. Necesitaban los ingleses poner coto a todo intento de remilitarización o expansión de Alemania, y para ello nada más indicado que fortalecer la posición de Francia. Pero si lo hacían, surgiría en el continente un poderoso rival de sus seculares intereses, cosa que en manera alguna convenía a la seguridad del Imperio Británico. No le quedaba, entonces, otro camino que recurrir a la Sociedad de las Naciones, organismo internacional creado en Versalles e inspirado en las mejores intenciones del Presidente Wilson, para abogar por los controles, por el desarme, por la desmovilización y por el pacifismo, conservando, eso sí, su posición de preeminencia en Europa.

Infelizmente para las intenciones inglesas, la citada Sociedad de las Naciones que operaba casi bajo su con-

trol no tuvo la eficacia que de ella se esperaba en el apaciguamiento de los ánimos y en la solución pacífica de todos los conflictos. El primer golpe mortal para ese organismo fue dado por el Congreso de los Estados Unidos al desautorizar al Presidente Wilson en cuanto a su aceptación de algunas de las cláusulas del Tratado de Versalles, proclamando la inexistencia de todo compromiso y anunciando el retiro de esta nación de la organización internacional creada por iniciativa de su propio Presidente y representante.

c) **Las aspiraciones italianas. Mussolini y el Fascismo.** Al igual que las demás potencias continentales comprometidas en la Gran Guerra, Italia, aunque vencedora, salió de ella muy mal librada. Los términos del Tratado de Versalles no satisfacían sus aspiraciones territoriales sobre ciertas porciones importantes del extinguido Imperio Austro-Húngaro, circunstancia que produjo un sensible descontento nacional, tanto en las esferas del gobierno como dentro de la población. A los males y trastornos subsiguientes a un esfuerzo bélico considerable, deberían sumarse los derivados de esa gran frustración y los provenientes del extenso y profundo avance del comunismo internacional en todas las capas de la comunidad italiana. El odio de clases, el desconocimiento de la autoridad, el desorden público, la violencia callejera, la paralización de la industria y de la producción agrícola, eran las manifestaciones típicas de ese devastador huracán revolucionario que sacudía a la Italia de la post-guerra y que alcanzó el ápice de sus excesos durante el año de 1920, colocando en grave peligro la existencia del Estado.

A la furia destructora del comunismo sólo se oponían aquellas organizaciones político-militares de los "fascios" creadas por Mussolini, quien desde antes de la iniciación de la guerra ve-

nía figurando en la vida política italiana. A los efectos disolventes del comunismo internacional quiso el fundador del fascismo oponer un socialismo nacionalista, como única tabla de salvación de la unidad e independencia de su pueblo. Sus doctrinas políticas, tanto en lo nacional como en lo internacional, acabaron por seducir a la gran masa de la población italiana, que asistió entusiasmada a la instauración de la Dictadura Fascista en el mes de mayo de 1922. En esta forma Mussolini salvaba a Italia de las garras del comunismo internacional, a tiempo que sus tesis reivindicacionistas le granjeaban las malas miradas de sus antiguos aliados, particularmente de Inglaterra, que veía en la unidad y prosperidad italianas otra seria amenaza para sus grandes intereses en el Mediterráneo, en el Medio Oriente y en Africa.

d) Muchas otras ocurrencias de carácter internacional podrían traerse y comentarse como antecedentes necesarios de la Segunda Guerra Mundial, pero las limitaciones de espacio ya invocadas nos obligan a sólo mencionar algunas de ellas en forma muy tangencial, sin comentario ni explicación de gran extensión. Por otra parte, las más importantes serán tocadas en el curso de nuestro relato sobre el desenvolvimiento político y militar de Alemania, que constituye la parte central del presente artículo. Anticipe-mos, sin embargo, las siguientes:

1) El Pacto de Locarno, suscrito por Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y Bélgica, en diciembre de 1925. Establece el mantenimiento del "Statu-quo" de las fronteras fijadas en Versalles y el arreglo pacífico de las diferencias surgidas entre las partes firmantes. Gran Bretaña se comprometía a ayudar lo mismo a Francia que a Alemania, si cualquiera de los países agredía al otro sin previa provocación.

2) La guerra chino-japonesa de 1931-1933, provocada por el bloqueo económico de que fueron objeto los productos japoneses en más de 40 países encabezados por Inglaterra. Este conflicto culminó con una ineficaz sentencia de la Sociedad de las Naciones desfavorable al Japón y con el retiro de este país del mencionado organismo internacional.

3) La renuencia de los Estados Unidos a ingresar en la Sociedad de las Naciones y la política aislacionista que observó esta nación a partir de la estruendosa desautorización al Presidente Wilson.

4) La guerra italo-etíope entre octubre de 1935 y mayo de 1936, cuyos preliminares alejaron a Italia de las potencias aliadas y la acercaron fatalmente a Alemania.

5) La guerra civil española, entre julio de 1936 y abril de 1939, en la que participaron activamente y en bandos opuestos asesores militares y tropas rusas y alemanas, y que culminó con el triunfo de Franco sobre las huestes del gobierno revolucionario.

El desenvolvimiento político y militar de Alemania

a) Período de 1929 a 1933.

Ya hemos hablado anteriormente de la Constitución Democrática de Weimar, implantada en Alemania después de la derrota de 1918. Hemos mencionado también al socialista Friedrich Ebert como el primer Presidente de la República Alemana creada por dicha Constitución, cuyo mandato se extendió hasta el mes de febrero de 1925 en que tuvo lugar su fallecimiento.

Es durante este período, muy inmediatamente después de la derrota, en que Adolfo Hitler hace su aparición en la escena política de Alemania. Combatiente en el frente occidental

como Cabo de los Ejércitos del Kaiser, en las postrimerías del conflicto pierde temporalmente la vista, a consecuencia de un ataque inglés con gases de cloro. Trasladado a un hospital de Pomerania, convalece largamente a tiempo que se entrega a profundas meditaciones sobre las causas, para él inexplicables, de la derrota de Alemania. Aunque austriaco de nacimiento, experimenta una profunda admiración hacia la raza alemana, de la que se siente parte viviente. No acierta a comprender por qué su aldea natal Braunau, en territorio austriaco, y la vecina Baviera, en territorio alemán, hayan de pertenecer a dos patrias distintas, cuando el idioma, las costumbres, la religión, la raza y, en fin, todos los factores de la nacionalidad son los mismos.

Hijo de un modesto empleado de aduanas austriaco, aspiraba en su juventud a ser un gran artista y con tal propósito se trasladó a Viena. Su sueño se vio troncado con el rechazo de que fue objeto en la Escuela de Arquitectura de Viena y, carente de todo recurso económico, hubo de subvenir a sus necesidades trabajando como pintor de fachadas o como jornalero, lo mismo en la capital austriaca que en la ciudad alemana de Munich, a donde se trasladó posteriormente. Quiere estudiar, pero no cuenta con el dinero indispensable para costear sus estudios; desea trabajar, pero con la baja remuneración que logra apenas si puede sobrevivir. En estas circunstancias, para él penosísimas, estalla la guerra. Hitler se alista inmediatamente en un Regimiento Bávaro, en el cual permanece durante los cuatro años de duración del conflicto.

Al egresar del hospital en que lo encontramos, vistiendo todavía su uniforme con sentido orgullo, se ofrece a su vista el espectáculo de la derrota: Anarquía, desorden, quiebra de la

autoridad y amenaza de disolución de esa Alemania que tan cara era a su corazón. Sus propios compañeros de armas, contagiados del morbo comunizante, ostentaban brazaletes encarnados sobre sus uniformes y se rebelaban contra todo lo que para él era sagrado: La unidad de la Gran Alemania, sus tradiciones, su secular amor por la organización y disciplina, sus símbolos patrios y sus instituciones militares. Desde ese mismo momento y con una firmeza de propósitos propia de un carácter superior, decidió dedicarse por entero a la salvación de Alemania, cuya derrota, según él, sólo pudo obedecer a una gigantesca traición, a una puñalada por la espalda asestada por los judíos, por los comunistas, por los traficantes y por los logreros de la guerra, unidos en una monstruosa conjura contra su pueblo.

Retorna a su regimiento y con una vehemencia que llama la atención de sus superiores, inicia entre la tropa su campaña contra todos los elementos destructores de la disciplina y de la mística militar. En medio del ambiente sedicioso que bullía en el espíritu de las tropas, los Oficiales miran con suma complacencia la aparición de este espontáneo y convincente defensor de los grandes ideales de Alemania. Deciden entonces aprovechar sus excelentes aptitudes para los fines restauradores en que ellos mismos estaban empeñados, y lo nombran "Oficial de Instrucción", especie de agente de educación política instaurada por Von Seeckt con el propósito de mantener vivo el amor por las instituciones militares y por la nacionalidad, no sólo dentro de los Cuarteles sino en todos los medios sociales y culturales de Alemania.

En tal condición y en cumplimiento de misiones especiales asignadas por sus superiores, asiste a reuniones políticas de diferentes matices y obtiene

informaciones sobre conatos subversivos, que resultan de inestimable valor para el Ejército en su lucha por el mantenimiento de la unidad alemana. Una noche de septiembre de 1919, en desarrollo de su labor de "Informador Militar", concurre a una reunión del partido alemán del trabajo que se celebra en una cervecería de Munich. Lo que allí vio y oyó acerca de la situación interna de Alemania y de las causas de su derrumbamiento, coincidía totalmente con sus íntimas opiniones sobre la tenebrosa confabulación de judíos, especuladores, traficantes y comunistas sin noción de patria. Ello lo impulsó a afiliarse a dicho partido, del que se hizo miembro el 16 del mismo mes y año antes citados, sin perjuicio de su función militar. Emprende de inmediato una recia campaña de divulgación de sus ideas, que poco a poco van ganando adeptos dentro del partido. En enero de 1920 es nombrado Jefe de Propaganda del movimiento, en cuyo carácter convoca la primera Asamblea General que se celebra en la misma cervecería de Munich el 24 de febrero. En esta ocasión logra reunir unas 2.000 personas, ante las que alcanza un notable éxito con la exposición de los 25 puntos de su programa político, pese a los intentos de sabotaje y abucheo realizados por los comunistas. Se convierte así en político cuando todavía pertenecía al Ejército, ya que su desmovilización sólo vino a producirse en el mes de abril de 1920.

Inspirado en el fascismo italiano, bautiza el movimiento como nacional-socialismo, crea el emblema de la Cruz Gamada, hace componer músicas marciales adecuadas para asambleas y desfiles, adopta el saludo romano y, a manera de uniforme de sus seguidores, establece la camisa parda. Nacen así las Secciones de Asalto, destinadas en principio a contrarrestar la violen-

cia comunista. Sus tesis atraen cada día a mayor número de personas que adhieren entusiasmadas a su movimiento. En noviembre de 1921, en una nueva reunión en la cervecería de Munich, reafirma su posición y desplaza virtualmente a los primitivos dirigentes del partido. Las estipulaciones del Tratado de Versalles obraban decididamente en favor de su política de reivindicación total de Alemania. No debe sorprender, por tanto, que figuras más o menos prestantes de Baviera se solidaricen con sus ideas. Para fines de 1923 ya contaba con más de 10.000 "camisas pardas" y con el apoyo decidido de hombres resueltos como Goering, Hess, Rosenberg y Roehm, que por el mes de noviembre del año citado consideraron llegado el momento de tomarse el Gobierno de Baviera. El propio General Ludendorff, residente en Munich, comprometió su enorme prestigio en esta intentona nacional-socialista, poniéndose a la cabeza de los revoltosos. La policía de Munich, teniendo el buen cuidado de no herir al General y tratándolo con mucho respeto, disparó sobre los sediciosos hasta dominarlos completamente. Mientras unos veinte amotinados caían muertos el Führer y otros cabecillas buscaron refugio, para ser luego detenidos y juzgados. Hitler fue sentenciado a cuatro años de prisión, de los cuales sólo cumplió catorce meses, teniendo como compañero de reclusión a Rodolfo Hess. Fue durante este periodo de encierro en que Hitler delineó su obra "Mi Lucha", dedicada a la memoria de los caídos en el fracasado alzamiento.

En esta obra el convencido recluso expone con sencillez y claridad los fundamentos y objetivos de su doctrina, tanto en lo interior como en lo exterior. Los años se encargaron de demostrar que no se trataba de una obra hueca, sin contenido ni profundidad,

sino todo lo contrario: Un completo programa de acción política interna y externa y un detallado itinerario que habría de ser rigurosamente cumplido por su propio autor.

A su salida de la cárcel, a fines de 1924, Hitler se muestra más decidido que nunca a proseguir la lucha, pero orientándola hacia los cauces legales de la Constitución de Weimar. Cree que necesitará cinco años para la reorganización de su movimiento, y a ello se consagra con la firmeza de voluntad y energía que le son características. Dejémoslo entregado a esa tarea y revisemos entre tanto los acontecimientos más importantes que tenían lugar en las esferas oficiales alemanas.

A la muerte del Presidente Ebert, se ofrecieron al pueblo alemán tres candidatos para reemplazarlo: Marx, por el partido Centro Católico; Thaelmann, por el Comunismo; y el Mariscal Hindenburg, cuyos escrúpulos para la aceptación de la candidatura fueron finalmente vencidos por el Gran Almirante Von Tirpitz, con el irrefutable argumento de que el deber le exigía la prestación de su prestigioso nombre para la salvación de Alemania. Realizados los comicios en el mes de abril de 1925, el anciano Mariscal de 77 años resultó elegido por cerca de 15 millones de votos, contra 14 millones del centrista Marx y dos millones del comunista Thaelmann. En esta forma, a pesar de todos los factores negativos que ensombrecían su horizonte político, el pueblo alemán demostraba su predilección por las viejas tradiciones y por los grandes valores de la Patria, de los que era viva encarnación el gran vencedor de Tannenberg.

El concepto de todos los autores es unánime al afirmar que este primer gobierno de Hindenburg fue de gran ponderación y sensatez, conduciendo a

Alemania por las vías menos convulsionadas de recuperación y mostrándose absolutamente imparcial respecto de los grupos políticos que le rodeaban. La eficacia de su administración se manifiesta en los grandes créditos obtenidos de los Estados Unidos, al favor de los cuales la economía alemana se rehacía con acelerado ritmo y la recuperación militar avanzaba inexorablemente sobre los moldes trazados por Von Seeckt.

Durante todos estos años y según afirmación de diversos tratadistas políticos y militares, entre ellos Sir Winston Churchill, "... tras la máscara de los gobiernos republicanos y de las instituciones democráticas impuestas por los vencedores y taradas por la mácula de la derrota, el verdadero poder político de Alemania y la armazón que sostuvo al país en los años de la post-guerra, fue el Estado Mayor de la Reichswehr. Eran ellos quienes hacían y deshacían presidentes y gobiernos, y fueron ellos quienes encontraron en Hindenburg un símbolo de su poder y un instrumento de su voluntad...".

En vista de la avanzada edad del Mariscal, cuyo ejercicio presidencial concluía en 1932 y cuyo carácter y capacidad mental podrían declinar en breve plazo, los Generales alemanes se ocuparon tempranamente en la búsqueda de un sustituto para el anciano Presidente. En este empeño se vieron seriamente interferidos por el crecimiento inusitado del Partido Nazi, que, como antes quedó dicho, venía ajustándose a la legalidad impuesta en la Constitución de Weimar, pero sin perjuicio de que su jefe continuase alentando la formación de nuevos grupos de asalto (S. A.). La expansión de estas formaciones paramilitares del partido Nazi, cuyo mando fue confiado por Hitler a su camarada y amigo el Capitán Roehm, preocupaba seriamen-

te a los jefes de la Reichswehr, que veían con justificada inquietud el fortalecimiento constante de una fuerza armada que no dependía de la autoridad del Estado y que servía incondicionalmente los fines de un partido político realmente revolucionario.

En efecto, los progresos graduales del nazismo eran evidentes: En mayo de 1928 tienen lugar las elecciones para diputados del Reichstag, en las que Hitler logra sólo 12 escaños. En 1930, tras una serie de alternativas no muy favorables a su partido y contra todas las previsiones del Canciller Bruening, obtiene 107 curules con cerca de siete millones de votos. Más tarde, en las elecciones de julio de 1932, alcanzaría 230 renglones que le servirían de base para pedir y obtener su designación como Canciller del Reich.

En el campo internacional Alemania logró durante estos efervescentes años algunos triunfos político-económicos, entre los que merece destacarse la anticipación de la evacuación de Renania por parte de los Aliados, alcanzada por Müller como Canciller y por Stressemann como Ministro de Asuntos Exteriores. En desarrollo del acuerdo firmado en París en 1928 y conocido en la historia diplomática como el Pacto Kellog, las tropas aliadas desocuparon el mencionado territorio el 30 de junio de 1930. Igualmente, otras concesiones financieras importantes le fueron otorgadas por los Aliados a iniciativa de los Estados Unidos, tendientes todas a aliviar las tremendas consecuencias de la crisis económica que atravesaba y que había determinado el cierre de muchas fábricas y el paro forzoso de cerca de dos y medio millones de trabajadores.

Con el lema redentor de la reivindicación total de Alemania y al amparo de los graves problemas sociales y económicos que la atormentaban, el Nazismo continuó progresando ace-

leradamente. Los esfuerzos conjuntos del Canciller Brüning y de algunos sectores importantes del Ejército por contener su avance, resultaban completamente inútiles. Sus bien meditados planes para frustrar la ascensión del nazismo al poder, se estrellaban en todo momento contra la inquebrantable imparcialidad del Presidente Hindenburg. El General Schleicher, de gran influencia entre los partidos y orientador político del círculo militar predominante, maniobró rápida y sutilmente con miras a separar a Roehm de Hitler y utilizar para sí y para la Reichswehr la poderosa fuerza de "camisas pardas" que habían formado. El Estado Mayor, por su parte, comprendía que era necesario, por el bien del Ejército y del país, unir sus fuerzas a las de aquellos cuya concepción del Estado era diametralmente opuesta a la suya, pero cuyo propósito internacional de vengar la derrota de Alemania se identificaba con sus propias aspiraciones.

Todos estos intentos de detención tropezaron con la perspicacia política de Hitler, que rápidamente advirtió el peligro que se cernía sobre el nazismo en el caso de que se produjese un choque entre su organización de "Camisas Pardas" y el Estado Mayor de la Reichswehr. Valiéndose inicialmente de la mediación de Schleicher y eludiendo después las controvertidas maniobras políticas de este General, acabará por llegar a un virtual acuerdo con los Jefes Militares, según el cual éstos influirían ante Hindenburg a fin de que considerara el nombre de Hitler para la Cancillería del Reich, a cambio de que éste refrenara las actividades de los Camisas Pardas, los sometiera al Estado Mayor y, si fuese necesario para el mantenimiento del orden y para la supervivencia del Ejército Regular, los eliminara en forma definitiva.

Se aproxima el fin legal del período presidencial de Hindenburg, y el Canciller Brüning se afana por encontrar una solución satisfactoria al problema de la sucesión. Después de grandes esfuerzos realizados conjuntamente con el Ministro de Guerra, General Groener, y como única posibilidad de impedir la toma del poder por parte del nazismo, el Canciller logra convencer a Hindenburg de que postule su nombre para la reelección. Los jefes nazis, a su turno, conscientes de su enorme fuerza, presionan a Hitler para que acepte la postulación de su nombre en oposición al del Mariscal. Con algunas reservas originadas en el respeto y veneración que el pueblo alemán sentía por el prestigio y la autoridad de Hindenburg, Hitler lanza finalmente su candidatura. Las elecciones se realizan el 13 de marzo de 1932 y aunque sus resultados favorecen ampliamente al Mariscal (cerca de 20 millones de votos), dan también una idea del formidable poder del partido Nazi, que puso más de 13 millones de votos en favor de su candidato.

Tras diversos y fallidos intentos para debilitar la posición de Hitler y minar la creciente fortaleza del partido nazi, caen el Canciller Brüning y el Ministro de Guerra Groener. Von Papen es designado por Hindenburg para que forme nuevo gobierno, en el que el General Schleicher pasa a ocupar la Cartera de Guerra y Von Neurath la de Asuntos Exteriores. La marcha de Hitler hacia el poder, sin embargo, parece incontenible: En las elecciones para Diputados del Reichstag realizadas en julio de 1932 obtiene 230 curules, a tiempo que en la Dieta de Prusia asciende de seis diputados a 162. Hindenburg le ofrece la Presidencia del Consejo de Prusia y la Vice-Cancillería del Reich, con Von Papen como Canciller, pero Hitler no acepta. Todo el poder ha de ser para él y cuanto se

oponga a este objetivo debe ser rechazado como una traición a la doctrina y propósitos del partido Nacional-Socialista.

La negativa de Hitler a aceptar el ofrecimiento que le hacía el Gobierno, distanció en forma temporal al Führer y a Von Papen, cuya posición política se fue debilitando, pese al relativo éxito por él obtenido en Lausana al lograr que Alemania quedara prácticamente libre del pago de las reparaciones de guerra impuestas en Versalles. Finalmente Von Papen, censurado su gobierno por fuertes núcleos de la Diputación del Reichstag y desprovisto a última hora del apoyo del General Schleicher, presenta su dimisión.

Para solucionar la aguda crisis política, Hindenburg nombra canciller al propio General Schleicher, de cuyas habilidades para las intrigas palaciegas ya hemos hecho ligera mención. Desde el año anterior y animado por el deseo de controlar en forma efectiva a los Camisas Pardas de Hitler, había iniciado contactos con sus principales Jefes, particularmente con Roehm. Una vez en el poder, quiere dar cumplida realización a sus viejos propósitos de aprovechar para sí las potentes fuerzas del nazismo, debilitando la autoridad de su líder. Apela al efecto a muy refinadas intrigas y maniobras políticas, pero la autoridad de Hitler sobre todas las organizaciones del partido acalla las voces disidentes de algunos de sus más connotados cabecillas, frustrando así los habilidosos planes del General. Acosado por los problemas internos, con enemistades importantes como la de Von Papen, ganadas a través de sus intrigas, y sin el respaldo decidido del Ejército, Schleicher presenta su dimisión después de dos meses y medio de ejercicio en la Cancillería.

Ante la realidad política de Alema-

nia, cuya efervescencia anunciaba el estallido de graves desórdenes, el día 30 de enero de 1933 Hindenburg designa a Adolfo Hitler como Canciller de Alemania. Este nombramiento marca el comienzo de una nueva etapa en la recuperación política y militar del Reich, que en breve plazo dejará sentir sus amenazadores efectos en la vida internacional de Europa y del mundo entero.

b) Periodo de 1933 a 1939.

En el primer Gabinete de Hitler, designado el mismo día de su posesión, el General Werner Von Blomberg ocupa el Ministerio de Guerra en tanto que Von Neurath continúa al frente de los Asuntos Exteriores. Von Papen, previamente reconciliado con Hitler, es nombrado Vice-Canciller y Comisario del Reich en Prusia, a tiempo que las Carteras de Justicia, Trabajo y Finanzas son confiadas a otros destacados dirigentes nazis.

Nuevos y gravísimos desórdenes agitan a Alemania. El entusiasmo nazi por el triunfo inunda las calles y choca violentamente con la cerrada oposición de comunistas y socialistas de Centro, cuyos representantes en el Reichstag se unen para formar un solo bloque capaz de oponerse a los designios del nuevo gobierno. Cosas semejantes suceden en Prusia, en donde la situación se torna virulenta. Hitler no se anda con tibiezas: Con la venia de Hindenburg disuelve el parlamento y la Dieta de Prusia, nombra a Goering Ministro del Interior en este último Estado y convoca a nuevas elecciones que se realizan el 5 de marzo. Sus resultados favorecen ampliamente al nazismo, que obtiene 288 bancos en el Reichstag y 211 en el Landtag (Cámara) de Prusia. Sin embargo, la oposición socialista y comunista arrecia, ocasionando serios disturbios en Baviera, Sa-

jonía. Wurtemberg y otros lugares. El Führer nombra comisarios militares y funcionarios nazis en las regiones afectadas, implanta en ellas la ley marcial y tras una implacable persecución del bolchevismo y sus aliados, barre del territorio alemán toda amenaza de revolución roja.

El 21 de marzo inaugura las sesiones del nuevo Reichstag en el "Opera Kroll" de Postdam, ya que el recinto del Parlamento había sucumbido el 27 de febrero bajo las llamas provocadas por los comunistas. En esta ocasión solemne Hitler proclama el nacimiento del Tercer Reich y expone su programa de gobierno, para cuya ejecución solicita plenos poderes. El 24 del mismo mes, por una mayoría de 441 votos contra 94, el Reichstag le confiere los poderes solicitados, autorizándolo para hacer cuanto juzgue conveniente a los intereses de Alemania.

Una de las primeras y más resonantes medidas de Hitler en desarrollo de tales facultades fue la persecución decretada contra los judíos, a quienes, como ya lo anotamos, él consideraba responsables de todos los males de Alemania. Las características inhumanas que muy pronto adquirió esa guerra política, económica y social contra el judaísmo, provocó numerosas y airadas reacciones en el mundo entero y dio lugar a encendidas protestas y contramedidas por parte de algunos gobiernos.

Otro de sus iniciales actos de gobierno, ese sí trascendental para la consolidación de la unidad alemana, fue la promulgación de la "Ley para la reconstrucción del Reich", que puede considerarse como la culminación de la obra unificadora iniciada por Bismark. En virtud de este estatuto, expedido en abril de 1933, los 22 estados que constituían el Reich transferían su soberanía al gobierno central, quedando sus gobiernos sometidos a

la plena autoridad del Estado alemán; los partidos comunista y social-demócrata eran declarados fuera de la ley y traidores a los destinos de Alemania; las formaciones paramilitares (Cascos de Acero, Camisas Pardas, etc.), quedaban sujetas a la autoridad del Ministro del Interior y, en fin, el gobierno del Reich se adscribía la facultad de modificar el derecho constitucional de todos los países que lo integraban.

Mientras todo esto acontecía, el Ejército Profesional se mantenía al margen de las pugnas políticas. La caída del General Schleicher y las disensiones surgidas entre algunos de los Jefes Militares acerca de la actitud que debía asumirse ante el nazismo, hicieron que el Ejército perdiera su anterior importancia como instrumento final y decisivo del gobierno. Contribuía a acentuar esta situación la expansión creciente de las Secciones de Asalto, cuya influencia en los asuntos públicos era cada vez mayor y cuyos ambiciosos jefes aspiraban a sustituir al Alto Mando tradicional.

A tal estado de cosas deben enfrentarse los Generales Von Blomberg, Ministro de Guerra, y Von Fritsch, quien desde fines de 1933 había sido designado por Hindenburg para reemplazar a Hammerstein en la Jefatura del Ejército. Estos dos hombres, secundados por el General Reichenau cuya amistad con Hitler les es de gran valor, acometen la defensa decidida del Ejército contra las insolentes pretensiones de los Camisas Pardas y de su jefe, el Capitán Roehm, quien pide para sí el Ministerio de Guerra. La postura de los Generales es firme y Hitler se ve obligado a tomar una determinación que en esta oportunidad resulta muy favorable al Ejército y tremendamente desfavorable para los caudillos de las S. A. Es así como el 30 de junio de 1934 tiene lugar en Alemania una sangrienta purga en la que

caen todos los dirigentes sublevados de las S. A., entre ellos Roehm, Gregor Strasser, Karl Ernst, Heines, el Conde Von Spretti y otros destacados jefes de las milicias de Baviera, Sajonia, Pomerania y Berlín, además de numerosas personas que sin ser nazistas tenían deudas pendientes con Hitler, tales como el General Schleicher y su esposa, el ex-jefe del gobierno bávaro Otto Von Kahr y algunos de los antiguos amigos de Von Papen. En general, los historiadores estiman que en esta oportunidad perecieron más de 3.000 personas, víctimas de la drástica represión ordenada por Hitler.

Como consecuencia de esta sombría jornada, el poder de Hitler se reafirmó y sus relaciones con el Ejército registraron un notabilísimo mejoramiento: El propio Führer había eliminado con energía "ejemplar" a los más peligrosos enemigos de la Reichswehr y ésta debería retribuir a su decidido gesto con adhesión y lealtad irrevocables. Se predicaban y practican las más cordiales relaciones entre el Ejército y las nuevas Secciones de Asalto, especie de selección sobreviviente de las primitivas, en las que Hitler tiene absoluta confianza (Waffen S. S.). Nace así una aparente armonía y estimación recíproca entre la Reichswehr y las milicias nazis, que aunque no habría de ser muy duradera sí contribuye grandemente a la consolidación del poder absoluto de Hitler.

El 31 de julio muere en Neudeck el Mariscal Hindenburg y Hitler asume de inmediato las funciones de Presidente del Reich, sin abandonar el cargo de Canciller. Su posesión como Führer de la Nación es solemnísima y en ella las Fuerzas Militares (Ejército y Marina) juran fidelidad absoluta a su persona. Quince días después, en plebiscito expresamente convocado por el Gobierno, el pueblo confirma con 40 millones de votos su condición

de Jefe del Estado. En esta forma, Hitler se convierte en el amo absoluto de Alemania.

En lo internacional, los sucesos de Alemania llamaban la atención de todas las naciones, pues el programa político de Hitler se apoyaba fundamentalmente en la tesis de la rehabilitación total de los derechos alemanes ante las demás potencias. Ya no podía caber duda acerca de que en lo externo, así como en lo interno, el Führer buscaría el logro de sus objetivos con inquebrantable firmeza de propósitos y sin escrúpulos de ninguna clase.

La teoría de la superioridad de la raza alemana y la evidente necesidad de espacio vital para la super-poblada nación, fueron hábilmente inculcadas y explotadas en la conciencia del pueblo germano, incluyendo aquellas minorías residentes en otros estados. El nazismo traspasa entonces las fronteras de Alemania, para penetrar profundamente en Austria, Checoslovaquia y algunos importantes sectores de Polonia, alimentando en el ánimo de Hitler sus viejas ambiciones de expansión territorial. Entre ellas, recordémoslo, ocupa lugar preferencial su propia patria, considerada por él como genuinamente alemana.

Como quiera que sus pretensiones sobre Austria chocaban de frente con los intereses de Italia, públicamente proclamados por el Duce en diversas oportunidades, Hitler emprende activas gestiones diplomáticas de conciliación. Después de algunas conferencias entre Embajadores, logra por fin su primera entrevista con Mussolini, que tiene lugar en Venecia el 14 de junio de 1934 y de la que resulta un aflojamiento de la tensión existente entre los dos países acerca del problema austriaco.

La política internacional de Alemania, sin embargo, se mantiene firme. En la Conferencia del Desarme de Gi-

nebra exige un tratamiento igual al otorgado a las demás naciones, pero como encuentra una cerrada oposición de Francia e Inglaterra, el día 14 de octubre se retira de ella. Puede así continuar a la luz del día su temida expansión militar, que en forma más o menos clandestina había avanzado considerablemente, estimándose que para entonces ya contaba con un Ejército de 300.000 hombres.

El conflicto italo-etíope

No obstante la entrevista Hitler-Mussolini a que hemos hecho mención, el rearme alemán preocupa seriamente a Italia y la lleva a buscar contactos y lograr acuerdos con Francia, Austria y Hungría. Así, el hábil Duce se resguardaba contra una posible agresión alemana y se aproximaba a los Aliados, cuya venía le interesaba para la ejecución de sus propósitos expansionistas en África. En diciembre de 1934, con motivo de un choque entre italianos y etíopes en la frontera de Abisinia y la Somalia Italiana, el gobierno del Duce presenta en la Sociedad de las Naciones una larga serie de reclamaciones tendientes a obtener el dominio de Etiopía, que tropiezan con la resistencia obstinada de Inglaterra y de otras naciones.

Externas e inútiles discusiones tienen lugar en Ginebra alrededor de este problema, pero al fin de cuentas no se llega a acuerdo alguno. Los incidentes fronterizos se multiplican y en la noche del 2 de octubre de 1935, por sobre las amenazadoras advertencias de Inglaterra y Francia, las tropas italianas invaden los territorios del Negus. Estalla así la guerra Italo-Etíope que habrá de culminar en mayo de 1936 con el triunfo absoluto de Italia, con el franco disgusto de las potencias occidentales y con el acercamiento de Mussolini a Hitler, cuya po-

sición a todo lo largo de este conflicto fue de absoluta neutralidad.

La reincorporación del Sarre

A principios de 1935 el nazismo obtuvo otro triunfo moral que no podemos dejar desapercibido: De acuerdo con el Tratado de Versalles, la población de la Cuenca Carbonífera del Sarre, pasados quince años y mediante plebiscito, debía decidir entre su reincorporación al Reich, su anexión a Francia o el mantenimiento del "statu quo". El Premier francés, Pierre Laval, cuya política se retorció entre los temores a Alemania y la desconfianza a Inglaterra, no opuso objeción de fondo a la exigencia alemana de que las estipulaciones del Tratado se cumplieran, y las elecciones se realizan el día 13 de enero. Los resultados arrojan una aplastante mayoría por el retorno a la madre patria y el 19 de marzo de 1935, en cumplimiento de la voluntad popular, la Sociedad de las Naciones hace entrega oficial de la provincia al gobierno de Alemania.

El restablecimiento del Servicio Militar Obligatorio

Las Fuerzas Militares alemanas, entre tanto, seguían creciendo vertiginosamente. El inevitable ensanchamiento de los Cuadros de Mando tenía que atenderse con elementos ligeramente incorporados y provenientes de muy diversas actividades, que en su mayor parte eran afiliados o simpatizantes del nazismo. En esta forma, la política fue ganando terreno dentro del Ejército y la posición e influencia de los profesionales militares se fue debilitando.

Con la creación oficial de la Luftwaffe, anunciada al mundo el 9 de marzo de 1935 y a cuya cabeza fue puesto Goering, la posición interna

del Ejército se debilitó aún más, pues tuvo que contribuir con selectos y numerosos Cuadros a la organización e instrucción de esta nueva Fuerza, que no sólo usurpaba a las Unidades terrestres la totalidad de la defensa anti-aérea, sino que quedaba completamente fuera de su control.

Las tensiones internacionales comienzan a traducirse en hechos. Bélgica fortifica su frontera y Francia toma medidas para completar las dotaciones de la Línea Maginot. El 16 de marzo de 1935 la Asamblea Francesa aprueba la ampliación del Servicio Militar a dos años. Hitler responde el mismo día con el restablecimiento del Servicio Militar Obligatorio en todo el territorio de Alemania y con la fijación de los efectivos del Ejército en 36 Divisiones (12 Cuerpos del Ejército), echando por tierra otras cuantas cláusulas del Tratado de Versalles. Las potencias occidentales se reúnen en Stresa y protestan por las violaciones unilaterales de Alemania al tan socorrido Tratado. Francia se aproxima a Rusia y logra con ella un pacto de ayuda mutua en caso de agresión. Inglaterra, para remate de su política de contradicciones, firma en junio un pacto naval con Alemania que coloca a Francia, a Italia, al Japón y a los países escandinavos en situación de inferioridad marítima frente a Alemania.

La remilitarización de Renania

En medio de tanta confusión, Hitler prosigue inflexible hacia sus objetivos: En marzo de 1936 ordena la reocupación militar de los territorios renanos cuya desmilitarización había sido acordada en Versalles, a tiempo que, como medida tranquilizadora, propone un pacto de no agresión entre Alemania, Francia y Bélgica. Su propuesta es repudiada y el problema se

lleva a la Sociedad de las Naciones, en donde Alemania insiste en que no haya limitaciones a su soberanía. Y mientras en el organismo internacional se discute largamente, Hitler recibe el espaldarazo popular a la controvertida y remilitarización en un plebiscito que arroja 44 millones de votos a favor de sus medidas.

La guerra civil española

Por estos días (mayo de 1936) concluye la guerra de Etiopía a que ya nos hemos referido, para iniciarse, dos meses más tarde, el sangriento episodio de la guerra civil española. Alemania no vacila en atender las solicitudes de ayuda que le hace el General Franco, concurriendo política y militarmente en favor del bando que más convenía a sus intereses. Lo propio hace Italia, aunque en menor escala que Alemania. Las potencias occidentales, en cambio, ponen oídos sordos a los clamores del caudillo español y adoptan una actitud de neutralidad y de no intervención que resulta ampliamente favorable a los designios comunizantes del gobierno republicano de España. Rusia, por su parte, toma abierto partido al lado de las fuerzas revolucionarias del gobierno, cuyo triunfo necesitaba para establecer un bastión comunista en las puertas del Mediterráneo.

Así, en el Teatro de Guerra español y durante cerca de tres años, alemanes y rusos, colocados en bandos opuestos, van a poner a prueba la eficacia de sus doctrinas, de sus técnicas y de sus armas.

Mientras todo esto ocurría, el pueblo alemán continuaba febrilmente su rearme. El General Von Fritsch, Comandante en Jefe del Ejército, se esforzaba por mantener entre sus miembros el antiguo espíritu y por impedir la infiltración de la ideología nazi den-

ALEMANIA EN 1939 ANTES DE LA GUERRA



ITINERARIO DE RECUPERACION Y OCUPACION DE TERRITORIOS

tro de su organización. Al mismo tiempo, mediante estudios comparativos muy completos, trataba de imprimir cierta moderación a la política internacional de Hitler, cuya atención por estos años de 1936 y 1937 se concentraba principalmente en Rusia y en la guerra de España.

En enero de 1938 sobreviene una grave crisis para el Ejército, cuando sucias intrigas urdidas por Himmler, Jefe de las S. S. tan ambicioso como su predecesor pero servil e intrigante como ninguno, provocaron la doble destitución del Ministro de Guerra Blomberg y del Comandante en Jefe del Ejército. Este hecho conmovió profundamente a los medios militares, cuyo justificado aprecio por Von Fritsch los llevó a pensar seriamente, tal vez por primera vez, en la posibilidad de rebelarse contra Hitler. El hecho, sin embargo, se cumplió según los oscuros propósitos de Himmler, cuya meta consistía en ocupar con sus S. S. el lugar del Ejército. El General Von Brauchitsch fue nombrado Comandante del Ejército, en tanto que Hitler aprovechaba la oportunidad para asumir el mando supremo de la Wehrmacht (conjunto de las Fuerzas Militares), recientemente creada. El puesto de Blomberg fue ocupado por Keitel con la categoría de Ministro, pero sin la influencia ni las atribuciones propias de tal cargo.

La anexión de Austria

Con la dirección de la política y de la estrategia en sus manos y obnubilado por sus triunfos en lo interno y en lo externo, Hitler se lanza a la conquista de sus objetivos. Tras violentas pugnas intestinas, estimuladas tanto por el nazismo alemán como por las garantías inglesas de ayuda económica y militar, y después de agotadoras e inútiles mediaciones diplomáti-

cas y amenazas recíprocas, el 12 de marzo de 1938 las tropas alemanas invadieron el territorio austriaco, colmando así una de las más acariciadas aspiraciones de Hitler: El "Anschluss" o unión de Austria con Alemania.

Las protestas de Francia, de Inglaterra y de otras muchas naciones no se hacen esperar, pero nada pueden para modificar la política y determinaciones de Berlín. Mussolini lanza a todos los vientos la "aceptación italiana de la voluntad del pueblo austriaco de unirse a Alemania", estrechando con este gesto los vínculos de la amistad germano-italiana. Las protestas se quedan escritas y la incorporación de Austria como provincia de la gran Alemania queda definitivamente consumada.

El eje Roma-Berlín

Aunque los acontecimientos políticos de Europa entre 1936 y 1938 se habían encargado de acercar a Alemania a Italia, no existía hasta el momento ningún protocolo o tratado escrito entre las dos naciones. Tal como lo hemos anotado anteriormente, la posición alemana de neutralidad frente a las aspiraciones italianas en Abisinia y a los hechos subsiguientes a la invasión ordenada por el Duce en 1935, contrastó con la encendida protesta de Inglaterra y Francia y con su solicitud de sanciones ante la Sociedad de las Naciones, que culminó el 11 de diciembre de 1937 con el retiro definitivo de Italia del citado organismo internacional.

La actitud italiana ante la anexión de Austria por Alemania, debe considerarse como una retribución del gobierno fascista al gesto alemán de entonces, y como un hecho de la mayor significación en la consolidación de las relaciones entre Roma y Ber-

lin. La fortaleza de estas relaciones quedó protocolizada el 22 de mayo de 1939, mediante la Alianza escrita denominada "Pacto de Acero", que unió fatalmente los destinos inmediatos de Alemania e Italia.

La ocupación de Checoslovaquia y la reincorporación de Memel

Estimuladas por los sucesos de Austria, las minorías alemanas de los Sudetes redoblaron sus campañas tendientes a obtener del gobierno de Praga su reconocimiento como grupo étnico alemán. Henlein, su más esforzado líder, exigía el establecimiento de una administración autónoma que abarcara todos los aspectos de la vida pública y defendiera los intereses del grupo contra los atropellos de las autoridades checas. Apoyado en las repetidas garantías anglo-francesas, el Presidente Benes de Checoslovaquia rechazó las pretensiones de los Sudetes, lo que se tradujo bien pronto en el recrudecimiento de los choques entre las autoridades checas y los grupos alemanes encabezados por Henlein.

En mayo de 1938 las cosas alcanzan su punto álgido y provocan la intervención frontal de las potencias interesadas. Hitler exige mejor tratamiento para las minorías germanas residentes en Checoslovaquia. Praga contesta altaneramente, ordenando la movilización de 100.000 hombres y redoblando sus medidas represivas contra los alemanes. Francia e Inglaterra manifiestan la decisión de cumplir sus compromisos con Checoslovaquia, a la que Hitler responde ordenando la construcción de la Línea Siegfried en el Oeste. Praga moviliza un nuevo contingente de 170.000 hombres y Alemania concentra efectivos sobre la frontera. Rusia se adhiere a las potencias occidentales, a tiempo que Italia se pronuncia en favor de Alemania.

La situación internacional se hace cada minuto más tensa y todo parece indicar que se desatará la guerra. Por fin, gracias a una intervención personal de Mussolini ante Hitler, el 29 de septiembre se disipan las amenazas mediante la firma de un Convenio en la ciudad de Munich, en el que quedan prácticamente satisfechas todas las aspiraciones de Alemania. Los Sudetes pasan a formar parte del Reich alemán, cuyo gobierno ordena su inmediata ocupación militar con cerca de 10 Cuerpos de Ejército y 500 aviones.

El problema checoslovaco, sin embargo, habría de resurgir meses más tarde, esta vez originado por rivalidades entre checos y eslovacos. Eslovaquia aspira a su independencia y Alemania se inclina a su favor. El 10 de marzo de 1939 tropas checas ocuparon a Bratislava, capital de Eslovaquia; el Doctor Tiso, jefe del gobierno eslovaco, acude a Hitler en solicitud de ayuda militar. Por su parte el Doctor Hacha, Presidente del Estado checoslovaco desde la separación de los Sudetes, convencido de su incapacidad para controlar los acontecimientos desencadenados por la rivalidad entre los eslovacos y los checos acudidos por el Doctor Hodza, acude también a Hitler y coloca a la nación bajo la protección del gobierno alemán. En la noche del 14 marzo el Octavo Cuerpo del Ejército del Reich penetró en el territorio checo, y al día siguiente se proclamó el establecimiento del "Protectorado alemán de Bohemia y Moravia". Huelga decir que los descos del Doctor Tiso también fueron solícitamente atendidos por Hitler, asumiendo el 16 del mismo mes la "Protección" de Eslovaquia.

Mientras tanto, Alemania se anotaba en el Norte otro triunfo diplomático: La ciudad de Memel, que en virtud del Tratado de Versalles

venía siendo administrada por Lituania, fue reintegrada al Reich mediante el Pacto firmado entre las partes el 22 de marzo y originado en una simple solicitud de la Cancillería alemana, que fue acogida de inmediato por el Gobierno lituano.

Dantzig y el Corredor Polaco

A la muerte del Mariscal Pilsudsky, acaecida en mayo de 1935, las relaciones entre Alemania y Polonia, que no venían siendo del todo cordiales, sufrieron un considerable deterioro. El nuevo gobierno, presidido por Moscicki pero orientado en el fondo por el Mariscal Rydz Smigly, sucesor del gran desaparecido en el mando supremo de las Fuerzas Militares polacas, resuelve adoptar una posición de franca intransigencia ante las reiteradas y crecientes aspiraciones de Alemania.

De otra parte Hitler, envalentonado por los fáciles éxitos obtenidos y decidido a llevar a término su propósito de reincorporación de todos los territorios arrebatados a Alemania por el Tratado de Versalles, concentra sobre Polonia todos los instrumentos de presión de que dispone, para exigir la devolución de Dantzig y la cesión de una faja entre Alemania y Prusia, destinada a la construcción de un ferrocarril y una carretera de conexión entre esas dos porciones del Reich. Esgrime, además, el trillado argumento del mal trato a las minorías alemanas residentes en Polonia, exigiendo para ellas ciertas garantías que el gobierno polaco considera lesivas de su soberanía.

Inducido a error en sus relaciones internacionales por la diplomacia inglesa y estimulado por las garantías anglo-francesas de ayuda militar, el gobierno de Polonia se mostró definitivamente renuente a considerar las propuestas alemanas, tanto en lo re-

lacionado con Dantzig y el Corredor Polaco, como en lo tocante con el problema de las minorías. La tensión existente entre los dos países aumentaba cada día, debido principalmente a los avances del partido nazi en la ciudad de Dantzig y territorios anejos. Los choques entre las autoridades polacas y los grupos organizados del nazismo eran más frecuentes y violentos, dando lugar a severas medidas de represión y a reclamaciones diplomáticas de ambos lados.

Se suceden las entrevistas de conciliación y las oficiosas mediaciones de terceras potencias. El Coronel Beck, Ministro de Relaciones Exteriores de Polonia, viaja a Berlín y sostiene una conferencia con Hitler; Von Ribbentrop corresponde a esta visita viajando a Varsovia y adelantando conversaciones con el gobierno polaco. Rusia, preocupada por cuanto venía aconteciendo, propone una reunión de seis potencias destinada a contener la expansión alemana. Su propuesta es rechazada, pues Inglaterra desconfía de ella y Polonia no quiere oír hablar de Alianzas con Rusia en cuanto supongan que su territorio debe ser cruzado por tropas rojas.

El 21 de marzo Hitler concreta sus exigencias, recibiendo una categórica negativa de Polonia a satisfacerlas. El 31 de marzo Inglaterra hace pública reiteración de sus garantías a Polonia, que se protocolizan días más tarde con un Pacto Anglo-Polaco de Ayuda Mutua firmado en Londres. Francia refuerza la actitud inglesa y ambas potencias emprenden tardías gestiones diplomáticas con el doble propósito de obtener la adhesión de Rusia y alejar a Italia de Alemania. Bien pronto comprenderán que sus intentos son vanos: El día 7 de abril las tropas del Duce invaden a Albania, amenazando a Grecia y neutralizando a Yugoslavia. Rusia permanecerá a la expectativa,

en tanto que los Estados Unidos anuncian su neutralidad, pero sin ocultar su intención de ayudar decididamente a las potencias occidentales.

Ante la eventualidad de tener que atender una guerra en dos frentes, Hitler da larga a los manoseos diplomáticos y consulta la opinión de los Jefes del Ejército. El General Von Brauchitsch, Comandante en Jefe del Ejército, le manifiesta francamente que podrían esperarse resultados favorables si la cuestión se limitaba a combatir contra Polonia, Francia e Inglaterra, pero que no sucedería lo mismo en el caso de que Rusia interviniese contra Alemania. Los juiciosos razonamientos de Brauchitsch, de Halder y de otros importantes Jefes del Ejército, impulsaron a Hitler a dirigir todos sus recursos diplomáticos hacia Rusia, con miras a asegurarse su neutralidad. Su intento se vio ampliamente favorecido con la caída de Litvinov, quien fue reemplazado por Molotov en la dirección de la política exterior soviética.

Para esta época ya el Ejército alemán contaba con 60 Divisiones, seis de ellas blindadas, agrupadas en 18 Cuerpos de Ejército y en cinco Grupos de Ejércitos, todos ellos comandados por habilísimos Generales que operaban bajo la dirección superior de Brauchitsch y de su Jefe de Estado Mayor, el General Halder. Aunque a partir de la anexión de Austria y de la ocupación de Checoslovaquia las fuerzas del Reich quedaron distribuidas en siete regiones militares que cubrían todas las fronteras, incluyendo las de los territorios anexados o "protegidos",

durante estos meses de gran tensión casi todas ellas se desplazaron hacia los frentes occidental y oriental, correspondiendo a este último cerca del 60% del total de las Divisiones disponibles.

El 22 de agosto de 1939, el mundo entero se sorprende con la noticia de que Alemania y Rusia han suscrito un "Pacto de no agresión", en el que los más entendidos ven implícito un acuerdo sobre la partición de Polonia. Inglaterra, haciendo gala de una inconcebible insensatez, declara que a pesar del Pacto germano-ruso mantendrá sus garantías a Polonia, lanzando así a este país a la loca aventura de una lucha desigual y arrastrando en su descabellado empeño a la impreparada nación francesa.

Mientras las gestiones diplomáticas se agotan, los Ejércitos se concentran en ambos lados de la frontera y los incidentes entre las tropas se centuplican. El día 1º de septiembre de este agitado año de 1939, ante la angustia de las naciones, el Führer anuncia al mundo el comienzo de las hostilidades con Polonia, cuando ya los Ejércitos de Runsted y de Bock rodaban sobre el territorio polaco.

El día 3 de septiembre, Inglaterra y Francia lanzan a Hitler una última conminación para que retire de inmediato las tropas alemanas de Polonia, so pena de intervención armada de estas dos potencias. El Führer rechaza los términos del ultimátum y entre las once de la mañana y las cinco de la tarde de ese luctuoso día, horas fijadas por las potencias occidentales, la humanidad asiste consternada a la iniciación de la Segunda Guerra Mundial.